

INTRODUCCION COMPONENTES HISPANOS

Alberto Moncada

En los años cuarenta, el sociólogo sueco Gunnar Myrdal escribió "El dilema americano", refiriéndose a esa contradicción de la sociedad norteamericana, que consagra la igualdad de sus ciudadanos mientras mantiene a los negros en condiciones de notoria discriminación. A mediados de los años sesenta, a impulsos de la contracultura de la época, desaparecieron o se aminoraron las discriminaciones legales, se reconoció el voto negro, se legisló contra el racismo escolar, aunque se mantengan los residuos económicos y sociales de la América esclavista. Pero veinte años más tarde, en la década de los ochenta, ha surgido otro dilema, consistente éste en la autoafirmación de la minoría hispana que no parece estar muy dispuesta a renunciar a sus raíces ni, especialmente, a identificarse completamente con ese modelo anglosajón que la mayoría dominante ha convertido en paradigma de ciudadanía norteamericana. Precisamente como reacción contra ello, y también por el temor anglo a la invasión demográfica latina, se está produciendo un fenómeno xenofóbico, el English only, para consolidar un sólo idioma oficial en el país, en una operación política poco congruente con la tradición de libertad y pluralismo de los países occidentales. Pero ¿De cuánta gente estamos hablando y quiénes son los hispanos de los Estados Unidos?.

La historia que se enseña en ese país, además de escasa, es bastante ideológica. Por eso, la mayoría de los norteamericanos no saben que America del Norte, un siglo antes de que desembarcaran los emigrantes anglos, era un territorio ampliamente colonizado por la Corona española y una parte de él, el Suroeste, mexicano hasta mediado el siglo diecinueve, en que fue ocupado militarmente por los anglos. Precisamente en el Suroeste, Texas, Colorado, California, Arizona, Nevada, Nuevo México, reside casi el setenta por ciento de los más de veinte millones de norteamericanos de origen hispano. Unos, porque no han dejado de vivir en la tierra de sus mayores, aunque las

autoridades anglos les hicieran difícil la vida. Otros, porque el Suroeste es el paso que comunica el norte con el sur del Imperio americano y la economía, el mercado de trabajo, no suelen tener mucho respeto por las fronteras.

El segundo componente hispano nace justamente del nacimiento de ese Imperio americano, a partir de las ruinas ultramarinas del Imperio español. Los puertorriqueños. Llevados al Continente, como mano de obra barata, ocuparon, con los negros, los escalones más bajos de la agricultura y la industria tradicional de la Costa Este y el Medio Oeste y, al declinar éstas, se ocupan mayoritariamente de los servicios menos nobles y engrosan, también con los negros, las filas de la asistencia social. Es el sector hispano más perjudicado y tiene, además, una particular ambivalencia, el peculiar status de la isla. Los puertorriqueños isleños tienen pasaporte norteamericano, pero no pueden votar en las elecciones para el Congreso ni el Senado. Pueden residir donde quieran e incluso reciben asistencia federal, pero ni la educación ni la economía les abren muchas buenas puertas. Ese cúmulo de circunstancias contradictorias dificulta su identidad política y su posición en el mercado de trabajo, y las historias de éxito, que las hay, en Nueva York, en Chicago, no hacen olvidar el destino de la gran mayoría.

El tercer componente hispano tiene que ver también con la dinámica política y económica del Imperio americano. La proclividad de éste, sobre todo a partir de la guerra fría, a entender todos los conflictos de su flanco sur en términos de hostilidad entre las dos superpotencias y no de historia latinoamericana, y la dificultad de reformar unas estructuras económicas y sociales obviamente obsoletas e injustas, lleva años produciendo guerras, represiones dictatoriales, recesión tras recesión económica, deudas, y un largo etc, cuya versión demográfica es la estampida hacia el norte de cuantos americanos del sur quieren ejercer su otra opción de "cives americanum". Porque la mayoría de los mexicanos, venezolanos, peruanos, chilenos, nicaraguenses, con uso de razón, saben que, para bien o para mal, ellos forman parte de un Imperio, en cuya moneda ahorran y cuyos dictados configuran las macrodimensiones de su vida. Por tanto, cuando las cosas van mal en el sur, ricos y pobres suben al norte, usando esas redes capilares de hispanidad que son sus primos, sus

amigos, sus vecinos o los francos senderos del capitalismo sin fronteras. Unos van y vienen, otros se quedan y, en todo ese trasiego, hacen perder la tranquilidad estadística y psicológica aparte de la mayoría anglo. La primera hornada de esos latinos escapados de la maldición sureña fueron los cubanos que, sobre todo en Florida, han recreado un escenario de laboriosidad y patriotismo que ha cambiado la faz de la zona. Pero después han llegado los huérfanos de América Central, ese territorio que está pasando, conflictivamente, de su status de república bananera a escenario de confrontación y en el que, para colmo, el amigo americano suele estar aliado con el malo de la película.

Los norteamericanos, muchos de ellos, no entienden que lo que ellos llaman emigración es para los latinos del Imperio simple cambio de residencia. Y para colmo, la fertilidad latina es cinco veces la anglo, de modo que se calcula que, para el año 2020, doce de cada cien residentes de los Estados Unidos serán hispanos.

MELTING POT O SALAD BOWL

La sociología convencional profetiza que a los hispanos, con el tiempo, les pasará lo mismo que a los irlandeses, los alemanes, los italianos, incluso los asiáticos, es decir, que perderán sus peculiaridades o las confinarán a los reductos privados de su vida. Es lo que el conservador Novak llama "ser anglo de lunes a viernes e hispano los fines de semana". Sin duda, que los hispanos, la gran mayoría de los ya nacidos en Norteamérica, saben que el inglés es el idioma del poder y del dinero y se sienten cómodos en esa civilización del consumo y la privatización del comportamiento, que describí en "La americanización de los hispanos" (Plaza & Janés, 1986). Pero muchos, también, quieren y son bilingües, y otros tantos no aceptan que el modelo anglo sea la única ni la mejor manera de ser americano. Por otra parte, mientras la frontera sur siga siendo fluída, y lo es, pese a las continuas políticas restrictivas, el emigrante hispano, que tiene cerca geográficamente su anterior identidad, no la pierde con la misma facilidad que los otros. La sustitución del "melting pot" por la "salad bowl", del uniformismo por el pluralismo étnico y cultural, es otro acercamiento a la predicción de la futura sociedad norteamericana que, por razones demográficas, va a ser cada vez más mestiza, incluso más morena. Como sostiene el profesor Ramírez (Psychology of the

Americas, Pergamon Press, 1983) es probable que el mestizaje cultural sea la salida más deseable, y la más probable, de la presente unilateralidad y reduccionismo europeo de la civilización dominada por los americanos anglos. Pero éstas son disquisiciones teóricas. ¿Cuáles son los datos?

LA SITUACION ECONOMICA Y SOCIAL DE LOS HISPANOS

La mitad de las familias hispanas tienen ingresos inferiores a 20.000 dólares, a pesar del éxito relativo de algunos grupos, especialmente cubanos. Los hispanos, con los negros, han sido especialmente afectados por la política de Reagan de modo que, de 1978 a 1988, la pobreza hispana ha crecido en un 31%. Singularmente grave es el caso de las mujeres y de los niños. Aunque el 49% de las mujeres trabaja fuera del hogar, sólo el 3% de ellas lo hace en empleos no subalternos. Las hispanas son las limpiadoras por antonomasia de Norteamérica y, como madres, sienten el duro impacto de la disminución del gasto público en asistencia infantil. Como es sabido, Estados Unidos tiene un alto índice de mortalidad infantil, a un nivel casi tercermundista para negros e hispanos, es decir, para los pobres. No en balde hay más de cuarenta millones de norteamericanos sin protección contra la enfermedad. Como decía recientemente una radical "Es más fácil que un niño hispano muera en Estados Unidos que en Cuba". Las hispanas comparten con las negras las estadísticas crecientes de la maternidad sin compañero, un fruto de la disolución de la familia producido por la miseria, la emigración y, cada vez más, por el SIDA. Mucho antes de que los anglos sintieran la necesidad de luchar contra la drogadicción, ésta se ensañaba en los barrios hispanos y negros, donde es, a la vez, fuente de ingresos para tanto joven sin empleo y maldición para los consumidores de las peores calidades.

La política del partido demócrata, con su protección a los pequeños negocios, incluía la acción afirmativa, consistente en destinar una cierta parte de los contratos públicos a empresarios de minorías. Ello permitió salir de las filas de la beneficencia, de los trabajos manuales y sin futuro, a muchos negros e hispanos emprendedores. En el verano de 1989, un Tribunal Supremo compuesto mayoritariamente por conservadores, "la herencia judicial

de Reagan", revocó estas y otras conquistas sociales, reconstruyendo un proceso de discriminación que da marcha atrás al reloj de la historia. Han resurgido así viejas libertades de empleadores y patronos, aunque, esta vez, los hispanos están luchando, y ganando algunas causas judiciales, como el de los funcionarios hispanos del FBI, que consiguieron en 1989 una sentencia federal contra la discriminación de sus jefes, que los relegaban al llamado despectivamente "taco circuit".

El otro gran tema hispano es, sin duda, la educación. El éxito escolar prefigura en América el éxito adulto, aunque tantas veces las credenciales, los títulos, se estrellen contra las otras selectividades del mercado de trabajo. Pero líderes, asociaciones de padres y movimientos pedagógicos hispanos se esfuerzan por disminuir la cifra de fracaso escolar, cuyo alto porcentaje, casi la mitad de los jóvenes hispanos de la Costa Este y el Medio Oeste que empiezan la enseñanza media no la terminan, se explica tanto por la baja calidad de la escuela pública que les toca en suerte, como por la falta de estímulos familiares y sociales, incluso por la oportunidad de empezar a ganar dinero en trabajos manuales, esos que no los quieren los blancos y pagan el salario mínimo o menos. La relación entre mala educación y malos empleos sigue siendo la norma, en un país donde las libertades empresariales, la debilidad del movimiento sindical y la enorme abundancia de trabajos serviles, no favorece la movilidad laboral de los de abajo. ¡Cuántos cubanos, cuántos mexicanos, cuántos peruanos, que llegaron hace cinco, diez años, al país donde se atan los perros con longaniza, esperando hacerse ricos, siguen haciendo en Miami, en Los Angeles, en Nueva York, las mismas o parecidas cosas que empezaron a hacer, para ganarse la vida, cuando llegaron!. Pero, como sostienen protagonistas y expertos, todavía peor les hubiera ido en sus países. La esperanza hispana en un mejor futuro tiene que ver, otra vez, con la demografía. Según las investigaciones del profesor de UCLA, Hayes Bautista, para el año 2.020, la gran mayoría de los trabajadores de California serán hispanos, negros y asiáticos. Por contrapartida, los anglos estarán mayoritariamente jubilados y dependerán, para sus pensiones, de la productividad de los primeros. Es una razón para la esperanza hispana y un argumento para que la mayoría anglo invierta hoy en la educación y el entrenamiento profesional de las minorías. Y lo que se predica de California se puede decir, en términos

parecidos, de otras zonas del país.

PRESENCIA CULTURAL

Con más o menos educación, con mejor o peor trabajo, las comunidades hispanas forman parte ya de la geografía humana de Norteamérica y enriquecen ese caleidoscopio multicultural de muy variadas maneras. Hay que reconocer que la estructura política, las convenciones económicas y sociales del país reconocen bastante espacio para la diversidad cultural y, hoy, en que los hispanos, incluso los chicanos, mayoritariamente, no empuñan el viejo discurso reivindicatorio, anticapitalista, de los años sesenta, la mayoría anglo digiere pacíficamente música y arte latinos, comidas fuertes y hasta los vicios de la etnia. Escritores y pintores, músicos y periodistas, se incorporan al "mainstream", o mantienen las propias idiosincrasias, o ambas cosas a la vez.

La comunidad hispana tiene mecanismos de autoidentificación y defensa. El barrio es al mismo tiempo preservación de identidad, protección contra la anomía y primera etapa del viaje para el recién llegado. La prensa, la radio, la televisión tienen, crecientemente, versión española. En 1975 había 67 estaciones de radio que emitían totalmente en español. Hoy son 177. Otras 450 incluyen de una a veinte horas semanales de programación en español. Además de revistas en inglés para el público hispano, como VISTA, se publican más de cuarenta publicaciones en español, con una circulación aproximada de 1,40 millones y los diez periódicos diarios en español se caracterizan por reflejar la realidad internacional con más abundancia que los ingleses. Dos cadenas nacionales de televisión compiten con las tres grandes anglos y son objeto de pelea hogareña entre la abuela, que quiere ver la telenovela y la nieta, que prefiere la "soap opera", aunque a veces las cosas no están tan claras, como en el caso de la música. Los jóvenes, y no sólo los hispanos, piden salsas, bambas, antes o después del rock, a sus "diskjockeys", y la publicidad empieza a mostrar cifras millonarias, en su esfuerzo por captar al comprador en español.

POLITICA

De golpe y porrazo, por razones numéricas, los hispanos están

siendo cada vez más cortejados por partidos políticos y candidatos al poder local, estatal y federal. La gran mayoría de los hispanos residen en Estados, California, Texas, Nueva York, Florida, Illinois, que cuentan mucho a la hora de la elección presidencial, por las peculiaridades del sistema político. Y, unidos a los negros, forman un sólido bloque, cuando se logra el acuerdo, como se ha visto en las recientes elecciones para alcalde de Nueva York. La participación política de los hispanos ha sufrido todas las vicisitudes y adversidades, en un sistema que premia la abstención. Desde finales de siglo pasado, como cuentan Fox y Cloward en su "Why Americans don't vote" (Pantheon Books, 1988), las élites políticas diseñaron una estrategia de desánimo político de trabajadores, sindicalistas, pobres y emigrantes que, unida a la fuerza diamantina del paralelo sistema económico capitalista, da como resultado el que Estados Unidos sea uno de los países donde menos personas se molestan en ir a las urnas y donde los partidos montan sus compañías en torno a los que sí van, que son mayoritariamente los blancos de clase media. De hecho, a Bush lo eligieron presidente solamente el 20 por ciento de los electores.

A excepción de Nuevo México, donde había una larga tradición de participación, los hispanos empezaron a estar más activos en política después de la segunda guerra mundial. Unos, buscando su homologación en un país que les negaba, como a los negros, participación efectiva. En el Suroeste estaban cansados de discriminaciones y aquello explotó, pacíficamente, cuando, en un pueblo de Texas, se negaron los servicios funerarios al cadáver de un soldado hispano muerto en la guerra europea. Hispanos concientizados organizaron plataformas, como el G.I. Forum, y con la ayuda de Lyndon Johnson, que fue elegido senador gracias a votos hispanos, no siempre legales, iniciaron un proceso de concienciación política. A su lado, ya en el clima de los sesenta, el chicanismo reivindicaba más, reivindicaba la patria arrebatada por los anglos y calentaba diversos movimientos políticos y sindicales, como el agrícola de César Chávez, y hasta se encarnaba en las asociaciones étnicas como el Consejo Nacional de la Raza o LULAC. Eran tiempos de cambio, de nueva frontera, de la gran sociedad demócrata y por aquel entonces se reconocieron o consolidaron legalmente tantos derechos civiles, incluida la expansión y mayor limpieza del proceso electoral.

El entusiasmo, la movilización, aunque han tenido un impacto duradero, como tantas cosas de aquellos años sesenta, se fueron debilitando y pronto se volvió al "business as usual", en ese reduccionismo colosal en que consiste la vida política norteamericana. Hecha cada vez más de disputas personales cara a la televisión, tras un proceso de simplificación del verdadero debate. La década conservadora ha presenciado, sin embargo, una cierta movilización hispana. Por un lado, en los ámbitos locales que, gracias al desinterés federal, cobran nuevo interés. Los hispanos juegan crecientemente a la política local, y han conseguido nombrar alcaldes, concejales, supervisores de entre los suyos. Por otro, los partidos valoran el voto hispano y el republicano intenta identificar los valores familiares, tradicionales de tantos hispanos con su plataforma conservadora.

Cada vez hay más hispanos en la vida pública. Según NALEO, la Asociación de políticos hispanos, había 3.783 oficiales públicos hispanos en septiembre de 1989. Diez congresistas, un gobernador, dos alcaldes de ciudades importantes, ministros, legisladores, alcaldes, funcionarios, concejales, a nivel estatal y local, coronados por los dos ministros federales hispanos que ha nombrado Bush, Luján, de Interior, y Cavazos, que ya lo era con Reagan, de Educación. En "Los hispanos en la política norteamericana" (ICI,1989), Olivas y yo hemos tratado de averiguar cuáles son los temas, la agenda política hispana, para los años noventa. Además de la protección contra el English only, y la lucha por mejorar el nivel de vida y la educación de la mayoría de los hispanos, líderes y asociaciones están muy concienciados para la participación política, en la que insisten reside la base de todas las demás posibilidades de mejorar. "Sin acceso al poder, no hay posibilidades en este país competitivo", sostiene Raul Izaguirre, presidente de La Raza. El "empowerment", la llegada al poder político y económico de los hispanos, es la ambición colectiva para la próxima década. Por ello, la gran operación política y cívica hispana es la participación en el Censo del 90, convencer a los hispanos de que se hagan contar, para que, tanto el reparto del dinero federal como el reparto de los asientos del Congreso, que dependen de los cálculos censales, reflejen el poder numérico hispano y responda a sus necesidades. MALDEF, la institución especializada en pelear las batallas políticas de los hispanos, que ha estado presente en esos lances

de la representación política en ciudades y condados, donde los anglos han mantenido por mucho tiempo un "status quo" discriminatorio, el SOUTH WEST VOTER REGISTRATION AND EDUCATION PROJECT, su gemelo MIDWEST, son, entre otras, las Asociaciones que van a dar la batalla del Censo, esperando que los indocumentados salgan de sus agujeros, pierdan el miedo y se hagan contar. La fluidez de la frontera y la política norteamericana hacia América latina son los dos temas de fondo que subyacen en la problemática de los hispanos norteamericanos. Una y otra vez, los expertos en la dinámica del Imperio insisten en que la emigración sur/norte tiene que ver con decisiones políticas y económicas continentales, que Washington tiene que plantearse de manera distinta al pasado. Los hispanos de los Estados Unidos son, en último término, el testigo interno del desequilibrio externo. Una política industrial fronteriza, simbolizada en las discutidas "maquiladoras", otras reglas de juego para la inversión y el comercio exterior, negociadas y no impuestas a unos pueblos latinoamericanos cada vez más viable hoy, en que la perestroika y sus consecuencias europeas han destrozado los perfiles ideológicos y estratégicos de la guerra fría. Los hispanos de Norteamérica se han quejado de que Washington no les usa, no les deja participar en su política sureña, estando, como están, especialmente capacitados para diseñarla y ejecutarla. El problema es cómo sustituir la alianza entre la burocracia y las multinacionales por otro concierto de esperanzas e intereses que mire a América Latina de una nueva manera.

Hay que decir, para ultimar este breve resumen, que muchos hispanos no se ven ya a sí mismos como una minoría norteamericana, funcional y dependiente de la mayoría. Esta es una visión anglo, por muy compasivos y justicieros que sean los compromisos de esa mayoría con sus minorías. Muchos hispanos se ven a sí mismos, más bien, como otra etnia americana, descendiente de europeos, como se ven los anglos, los irlandeses, los italianos. En este sentido, su conexión europea somos los españoles, un pueblo lleno de contradicciones y defectos, pero con una tradición lingüística y cultural tan rica, por los menos, como las otras y, sobre todo, con unos antecedentes americanos, conflictivos, pero muy superiores, históricamente, a los de las otras etnias originarias. Esta hipótesis presta nuevos fundamentos, nueva fuerza, a la afirmación hispana en un Continente que,

justamente por ser el nuevo, se abre a un futuro de flexibilidad y multiculturalidad contrario a cualquier reduccionismo, y especialmente, a los reduccionismos del inmediato pasado.